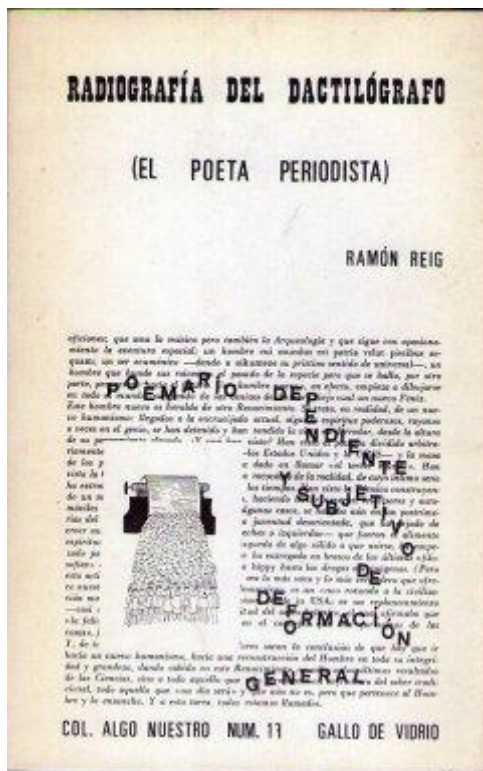


Anotaciones al poema” El señor ministro ha hecho pis”, de Ramón Reig

Fabián Rodríguez Vázquez
LADECOM
Universidad de Sevilla

“Es un poema que tuvo éxito, si se puede decir eso de un poema”. Con estas palabras, el propio Ramón Reig describe la que sigue siendo una de sus composiciones más originales, hermosas y provocadoras. Aunque su composición original data del año 1979, “El señor ministro ha hecho pis” fue publicado originalmente en 1981 como parte de la obra “Radiografía del dactilógrafo (El poeta periodista)”⁷⁹. Título y contexto no dejan lugar a duda: el poema funciona a la perfección como ejemplo directo de los conceptos en los que Reig ahonda con su lírica a comienzos de los ochenta, el hastío de la profesión periodística, que, tras años de ejercicio (recordemos que su primer texto firmado data de 1975, en *El Correo de Andalucía*) empieza a resultar extremadamente comprensible.

⁷⁹ Además de estar en Internet, por ejemplo: <http://blogs.20minutos.es/poesia/2010/01/20/el-seaor-ministro-ha-hecho-pis-ramain-reig/>, el poema se recogió en Juan José Téllez (Ed.) (2009): *Poemas a toda plana – Poesía y periodismo-*, Prólogo de Luis García Montero, Visor, Madrid.



Portada del libro donde se publicó “El señor ministro ha hecho pis” (1981). El diseño fue de Isabel Lebrato. La frase “Poemario dependiente y subjetivo de deformación general” es obra del autor que quiso así ridiculizar los subtítulos que utilizan los periódicos en sus cabeceras. (Nota de los coordinadores).

El estilo directo de “El señor ministro ha hecho pis”, logrado con la mescolanza entre sarcasmo y descaro que siempre ha caracterizado (en todas las facetas de su vida, como podrán corroborar los que ya le conozcan) al, a día de hoy, Catedrático Ramón Reig, adquiere una importancia especial en el marco contextual que envuelve a la composición. ¿Quién si no hubiese hecho eructar rayos al mismísimo sol?

Pero, volviendo a la temática central de este breve análisis, existen otras preguntas mucho más relevantes para comprender el sentido de un poema como el que nos ocupa. ¿Y si el periodismo original hubiese acabado? ¿Y si la actualidad tal y como la conocemos fuese esencialmente una construcción diseñada a conveniencia de los pocos privilegiados que pueden establecer una agenda de contenidos? En este sentido, y aunque el poema cuenta ya con más de tres décadas de edad, no cabe duda alguna de que nos encontramos ante una inquietud tan actual como oportuna, sobre todo en plena “sociedad 2.0”, interconectada y plagada de mensajes que difícilmente cumplen el

objetivo primordial del periodismo, la información, y mucho menos operan con el carácter de denuncia y revolución social del que la profesión periodística pudo enorgullecerse tiempo atrás.

En cualquier caso, y evitando despertar más de lo necesario la aparentemente polvorienta historia del oficio, parece especialmente oportuno, ante la visión general del texto, recordar uno los conceptos más importantes de la teoría periodística moderna: la agenda-setting. Ya en los años sesenta, el propio Bernard Cohen comienza a perfilar el concepto al declarar que “La prensa no tiene mucho éxito en decir a la gente qué tiene que pensar pero sí lo tiene en decir a sus lectores sobre qué tienen que pensar” (Cohen, 1963). A pesar de la precisión de tal apunte, el concepto “agenda-setting” (en español “establecimiento de la agenda”), tal como lo comprendemos en la actualidad, fue establecido definitivamente por los científicos Max McCombs y Donald Shaw en 1968, al comprobar de forma estadística la prioridad que cien habitantes de Carolina del Norte daban a aquellas informaciones más “machacadas” por los medios de la época, independientemente de la opinión que tuviesen al respecto. Así, “su nombre metafórico proviene de la noción de que los medios de comunicación de masas son capaces de transferir la relevancia de una noticia en su agenda a la de la sociedad” (McCombs, 1996).

Volviendo la vista a la composición original de Reig, podemos observar el hastío por la agenda conformada por los medios. Aunque con sentido del humor, la pérdida de fe en la utilidad de los medios de comunicación (no olvidemos que el propio poema, así como muchos otros de la misma colección, está compuesto con un perceptible guiño al estilo informativo) es palpable en cada verso de la composición, sobre todo en su comienzo:

*Hoy, muy de mañanita,
cuando el sol eructaba rayos y calores incipientes,
cuando algunos despertadores se estremecían en relinchos
y los ferroviarios iban a acostarse,
el señor ministro ha hecho pis.
El pipí ha aparecido
a las 6.45 exactamente
(5.45 en Canarias)
y ha corrido raudo a través de la taza Roca
camino de las cloacas ciudadanas.
Todas las emisoras y todos los canales televisivos
han captado el pipí del señor ministro
en el mismo instante de la micción.
Los periódicos han adornado sus páginas primeras*

*con tan noble suceso,
y el pis del señor ministro ha llovido sobre las gentes
como otro bautismo de obligado cumplimiento.*

Efectivamente, tal y como podemos ver reflejado en este poema, en 1981 Ramón Reig descubría que el periodismo “ya no era lo que debía ser”. Según el texto, al margen de los problemas que envolvían a una España convulsa, con una transición tan delicada en proceso (tanto que en ese mismo año se produciría el golpe de estado de Tejero, tengámoslo en cuenta), los medios se centran en un suceso tan bizarro como la micción matinal del ministro, que lleva a los periódicos a “adornar sus páginas primeras”, a modo de tema establecido previamente según la teoría de la agenda. Evidentemente, el absurdo funciona en consonancia con la protesta emitida al potenciar la sensación de sinsentido que supone la actualidad política (intencionadamente o no) mal enfocada. Reig usa, con toda la intencionalidad del mundo, eso sí, la metáfora de la micción para simbolizar las palabras de un líder elegido (un ministro también simbólico, como es evidente) por los poderosos en el fondo vacías y sin relevancia alguna en comparación con otros asuntos de mayor gravedad. “No hay necesidad de darle la palabra siempre a los mismos”, sostiene el propio Ramón Reig cuando habla del poema, insistiendo en el factor de creación de rutina que provoca una programación informativa así dispuesta.

Más allá del llamativo uso del humor en dejes como la inclusión de la hora en Canarias como caricaturización del propio mundo periodístico, el poema establece una profunda conexión conceptual entre la noticia absolutamente absurda e irrelevante de la que los medios se hacen eco y, elemento básico de la comunicación periodística, el público, o, como quizá fuese más oportuno llamarlo en esta ocasión, el pueblo.

Incluso la propia inmediatez de los medios de comunicación modernos es motivo de burla en este sentido. Así, al enunciado “Todas las emisoras y todos los canales televisivos han captado el pipí del señor ministro”, se le añade la matización “en el mismo instante de la micción” para enfatizar la facilidad con la que la información recorre el circuito de elaboración y difusión de noticias, independientemente del contenido que pueda presentar.

Sin embargo, para ser más precisos en el comentario de un texto tan comunicativo como el que nos concierne, es necesario darnos cuenta del trasfondo académico, personal y científico que esconde una enunciación de tal calaña. Es evidente que lo que Reig hace es, ni más ni menos, usar un poema para lanzar su primera reflexión en cuanto a

Estructura de la Información, el enfoque de base marxista que le ocupa hasta nuestros días. De hecho, en la actualidad Reig es profesor de esta misma asignatura en la Facultad de Comunicación de Sevilla, habiendo hecho correr en las últimas décadas ríos de tinta que inspiran una feroz crítica contra el entramado empresarial que se esconde tras los medios de comunicación y, lo que quizás sea más evidente en textos como este, las consecuencias que tal disposición de la realidad acarrearán a los mensajes que son lanzados al público.

Especialmente curiosa resulta la expresión “bautismo de obligado cumplimiento”, haciendo clara alusión a la lluvia del simbólico “pis ministerial” sobre el pueblo español, estableciendo una provocativa y agresiva analogía con el bautismo católico (práctica obligada en la época) y la sensación de subyugación ante el poder eclesiástico, otro de los pilares de la estructura económica (y en claves marxistas, ya sabemos que la infraestructura determina la superestructura y ese ente flotante algo más arriba que llamamos “cultura”) que la transición “democrática” se esforzó tanto en preservar cuando el dictador subiese a las alturas.

Siguiendo esta línea (pudiendo ser entendida tanto desde un enfoque estilístico como académico), los versos siguientes son un dardo teledirigido a la estructura mediática derivada del sistema capitalista de producción informativa:

*Mientras, las termitas de dólar
seguían hurgando en las entrañas de la tierra
y se ha tapado los oídos del dactilógrafo.*

Desde luego, más allá de que “las termitas del dólar” sea una de las mejores metáforas poéticas para el sistema capitalista occidental, es evidente que nos encontramos ante el giro que definirá la orientación “ánimica” del poema, que se abre, tal y como leemos en estos tres versos, con el lamento (o quizá tal vez denuncia, aunque es probable que nunca nos atrevamos a conocer la diferencia) por una maquinaria tan perfecta que crea una realidad que atrae toda la atención del receptor pasivo, ignorante de los flujos que navegan bajo sus pies y sobre sus hombros.

Y hablando del pueblo, al pueblo. El remate perfecto.

*Hoy, y ayer y mañana,
la noticia es el pis
del señor ministro,
que nació con el alba,*

*con el trino del jilguero,
con el golpe de la azada,
con el sudor, con el morir,
con la paz de los hombres.*

“¿Qué coño le importará al tío que se está muriendo de hambre en Tanzania lo que dice el ministro?” O mejor dicho, lo que *mea* el ministro. La última sección, de un carácter menos irónico y más sentidamente lírico, es, ni más ni menos que el pueblo. Es la realidad, que late viva, que se hace sufrir.

Pero, ¿qué es lo mejor de “El ministro ha hecho pis”? Sin duda, su actualidad. Un poema escrito a finales de los 70 que podría aparecer en cualquier publicación de este mismo año sin dejar la más mínima duda (ni la más mínima, léanlo de nuevo, por favor) de su candencia. “Hoy, y ayer y mañana”. Una inquietante paradoja para rematar una queja en una España convulsa que, sin embargo, intuye desconsoladamente que las soluciones no abundan en un mundo tan intoxicado por la realidad construida por unos pocos.